

La London Symphony es una de las más grandes orquestas europeas. Es, por otra parte, una orquesta que mantiene un criterio cultural encomiable, nada apocalíptico ni, como dicen los pedantes, highbrow. De la misma manera que ejecuta a la perfección las piezas más enrevesadas y dificultosas del repertorio llamado "serio", no tiene inconveniente en colaborar con músicos pop; hace versiones fabulosas de bandas sonoras de cine, e incluso realiza directamente algunas, como —por citar un ejemplo bien reciente— la fantástica de "La guerra de las galaxias". Escuchada en directo, la London Symphony le deja a uno literalmente sin argumentos: a decir verdad, no se sabe qué destacar más. Acaso lo más apabullante sea el metal, sin duda alguna el mejor que he oído en mi vida —con todos los respetos para el de la Filarmónica de Berlín—; pero no se debe olvidar esa cuerda que es como un baño de espuma; esa madera capaz de asombrar en cada una de sus intervenciones —formidables el saxo tenor y el clarinete bajo; increíble el primer oboe, que es también el presidente de la junta de directores mediante la cual la orquesta se autogestiona—, esa percusión que puede agotar todos los ruidos del mundo sin dejar de controlarlos...

Sergiu Celibidache.



Dejo en segundo plano al director, porque él mismo quiso estar en segundo plano, y cedió los mejores aplausos a la orquesta. Sin embargo, es necesario hablar de Sergiu Celibidache. En primer lugar porque, quisiera o no, él era la estrella, quien había llevado la mayoría del público al Real. Pero, muy principalmente, porque su reaparición entre nosotros fue para todos una buena lección. No creo que haya lugar para el comentario anecdótico sobre si se desmelenó, habla con los músicos o produce inusitadas psicofonías en las obras que dirige. Ni siquiera, aun siendo esto más importante, cabe enredarse en disquisiciones de vuelo filosófico mayor o menor sobre su negativa persistente a grabar discos: se trata de una postura personal muy respetable, tanto como lo es la contraria, que también hay intérpretes que a lo que se niegan es a aparecer en público. Lo decisivo, creo, es que con Celibidache todos y cada uno de los músicos dan lo mejor de sí mismos. Que lo que hace Celibidache es extremar hasta lo indescriptible la precisión para que la música surja, se cree, en absoluta libertad.

De las obras escuchadas, es difícil destacar unas sobre otras. No se puede acudir al recurso de quedarse con todo —tentador, pero demasiado fácil—, y un mínimo de originalidad impide señalar especialmente la Cuarta Sinfonía de Brahms. Mencionaré, pues, el "Romeo y Julieta", de Prokofiev, que cerró el primer concierto, y cuyo final cerró también el segundo, por el aquel de las propinas. Y ya que hablamos de propinas, no puedo olvi-

dar tampoco una increíble versión, menos marchosa que pomposa y circunstancial, de la celeberrima "Marcha de pompa y circunstancia núm. 1", de Elgar, regalada el primer día en honor a la presencia del embajador de Su Majestad británica. Música imperialista —dejémoslos de rescates— que, por afortunada casualidad, escuché justo al lado de un prohombre de la izquierda extraparlamentaria. Lo cual, más que una experiencia, es un auténtico "Encuentro en la tercera fase" que hace buenas, bien que por vía indirecta y de un modo insospechado, las teorías de quienes, como Sergiu Celibidache, defienden la realidad de la música hic et nunc. ■ JOSE RAMON RUBIO.

## JAZZ

### Contrastes para una tarde de sábado

A falta de pocas semanas para disolverse, y ante un público restringido que busca como suyo acaso por resignación, ha actuado en Madrid el grupo Henry Cow. El ente colectivo lo integran un batería preocupado por los ademanes que, según tengo entendido, es el ideólogo del conjunto; un acabado ejemplar de zombie que, a más de tocar la guitarra y el bajo con notable desgana, hizo algunos

ruiditos con un violín y diversos instrumentos de percusión; un cantante-trompetista de faz angustiada y atavío paramilitar; y, pieza más espectacular del panorama, un peculiar mutante que hizo de todo: manipular un magnetófono, tocar el clarinete y el saxo, cantar en falsete, accionar diversos teclados meteorológicamente camuflados de nubes y, por fin, comerse un micrófono —oigan, lo juro: se lo metió entero en la boca.

Lo que hicieron es difícil de describir. Les diría que algo así como si metiéramos a Wagner, la Velvet Underground, los Chieftains, John Cage, los hermanos Ayler y una tribu de derviches en la turmix y escucháramos luego el ruido de la turmix. En resumen, algo muy confuso. Para colmo, en la pieza más organizada que tuvieron a bien interpretar, el respetable se encargó de desencadenar el caos batiendo palmas con el conocido sentido de la arritmia que caracteriza a la basca madrileña. La cual acogió el asunto con bastante poco entusiasmo, demostrando estar más por la marcha que por los experimentos: sin duda, la nefasta educación franquista se olvidó también de enseñar las más elementales nociones de la ciencia química.

Ante la incompreensión, los muchachos de Henry Cow plegaron pronto, por lo cual hubo tiempo de asistir a la segunda parte del concierto del grupo polaco Crash, que actuaba, como el anterior, en la Ciudad Universitaria, y en sesiones de horarios casi coincidentes —cosa que da indicio de una actividad musical no digna sino de elogios—. Y los chicos de Crash,